

Amy Stewart

## Una chica con pistola

Traducción del inglés de  
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para John Birgel y Dennis O'Dell*

*—Llevaba una pistola para protegernos —dijo la señorita Constance—, y enseguida tuve que usarla.*

*The New York Times, 3 de junio de 1915*

Los problemas empezaron en el verano de 1914, el año que cumplí los treinta y cinco. Acababan de asesinar al archiduque de Austria, los mexicanos estaban en plena revolución, y en casa no pasaba absolutamente nada, lo cual explica por qué las tres íbamos en calesa a Paterson, a cumplir con un recado de lo más trivial. Nunca antes había hecho falta tanta gente para algo tan simple como comprar mostaza en polvo y buscarle recambio al mango de un martillo de orejas, que estaba suelto por el paso de los años y la falta de uso.

Contra toda lógica, dejé que Fleurette llevara las riendas. Norma nos leía las noticias del periódico, como siempre.

—Hombre muerto a causa de los pantalones —leyó Norma en voz alta.

—No pone eso. —Fleurette resopló y giró la cabeza para echar un vistazo al periódico. Las riendas se le soltaron de las manos.

—Sí que lo pone —insistió Norma—. Dice que un camionero tenía la costumbre de colgar los pantalones al fuego de gas por la noche, pero que como estaba borracho, no se dio cuenta de que los pantalones apagaban la llama.

—Entonces murió a causa del gas, no de los pantalones.

—Ya, pero los pantalones...

El pitido ronco de una bocina interrumpió a Norma. Procedía de un coche a motor que venía traqueteando hacia nosotras desde Hamilton y que aceleró en el cruce. Al girar la cabeza, tuve tiempo de verlo chocar contra una caja de patatas que había en la acera y lanzar el contenido a los cuatro vientos. Entonces la rejilla metálica del coche se nos echó encima, impactó contra nosotras con la fuerza de un tren sin frenos y volcó la calesa, dejándola patas arriba. El periódico de Norma salió disparado por los aires, y dimos varias vueltas en una nube de papeles arrugados, astillas de madera y hierros retorcidos. La yegua enganchada a la calesa, Dolley, perdió el

paso y cayó con nosotras. Emitió un agudo chillido, algo que yo nunca antes le había oído a un caballo.

Sentí en el hombro una presión muy fuerte. Al palparlo con la mano noté el pie de Norma.

— ¡Me estás pisando!

— No es cierto. Ni siquiera te veo — dijo Norma.

La calesa cabeceó cuando el automóvil dio marcha atrás y salió del amasijo de hierros. El asiento trasero del carruaje se había volteado, y yo quedé atrapada debajo. Estaba más oscuro que una tumba, solo distinguía una sombra debajo de mí y me pareció que era el brazo de Fleurette. No me atreví a moverme por miedo a aplastarla.

Oí un griterío a nuestro alrededor, y supuse que alguien intentaba empujar la calesa para darle la vuelta.

— ¡No! — grité—. Mi hermana está debajo de la rueda. — Si la hacían rodar, quedaría atrapada entre los radios.

Dos brazos del tamaño de las ramas de un árbol empezaron a rebuscar entre el amasijo de hierros y agarraron a Norma.

— ¡Suélteme! — gritó ella.

— Solo quiere sacarte de ahí — le dije. Con un gruñido, ella aceptó la ayuda. Norma odiaba que le pusieran la mano encima.

En cuanto la liberaron, yo salí detrás de ella. El hombre pegado a aquellos enormes brazos llevaba un delantal cubierto de sangre. Por un instante terrible, pensé que era nuestra, luego me di cuenta de que era un carnicero del despacho de carne al otro lado de la calle.

No fue el único que vino corriendo cuando el coche nos embistió. Estábamos rodeadas de dependientes, herreros, verduleros, repartidores y parroquianos: de hecho, casi todas las tiendas de Market Street se habían quedado vacías, y sus ocupantes habían salido corriendo a ver el espectáculo que ofrecíamos. La mayoría de ellos miraba desde la acera, pero un grupo nada desdeñable rodeaba el coche y le impedía el paso.

El carnicero y dos hombres de la imprenta con las manos manchadas de tinta nos ayudaron a levantar la calesa del suelo para que Fleurette saliera de debajo de la rueda. Cuando apartamos los tablones rotos que la sepultaban, ella nos miró enfurecida con sus ojos negros. Llevaba un vestido forrado de tafetán verde. Enmarcada por el piso polvoriento de la carretera, parecía un lecho de rosas pisoteado.

— No te muevas — le susurré al oído, y me incliné sobre ella, pero hizo fuerza con los brazos a la espalda y se sentó.

—No, no, no —dijo uno de los mozos de imprenta—. Llamaremos a un médico.

Levanté la mirada hacia el corro de hombres que nos rodeaba.

—Ella está bien —dije, y le pasé una mano por el tobillo—. Vuelvan a sus quehaceres. —Algunos parecían sumamente interesados en ayudar cuando le vieron las piernas a Fleurette.

Se alejaron remolones y fueron a ayudar a dos carreteros que habían bajado de los pescantes para socorrer a nuestra yegua. La desengancharon del arnés, pero a duras penas logró ponerse en pie. La pobre criatura gemía y movía la cabeza, también le salía vaho de los ollares. Los carreteros le dieron de comer algo que sacaron de los bolsillos y eso pareció calmarla.

Palpé la pantorrilla de Fleurette. Soltó un aullido y se apartó de mí de un empujón.

—¿Está roto? —preguntó.

Yo no estaba segura.

—Intenta moverlo.

La expresión de la cara se le deformó en una mueca, contuvo la respiración y dobló con cuidado una pierna y luego la otra. Al final, soltó todo el aire de golpe y, jadeando, alzó los ojos hacia mí.

—Buena señal —dije—. Ahora mueve los tobillos y los dedos de los pies.

Las dos miramos sus pies. Llevaba unas botas blancas de piel de becerro totalmente ridículas, con lacitos rosas en vez de cordones.

—¿Están bien? —preguntó.

Le puse una mano en la espalda para que pudiera apoyarse.

—A ver si los puedes mover. Primero el tobillo.

—Me refería a las botas.

Supé entonces que Fleurette saldría de aquella. Le desaté las botas y le prometí que las cuidaría. Había venido mucha más gente, y Fleurette movió los dedos enfundados en medias blancas para regocijo de su nueva audiencia.

—Mañana tendrá usted muchos moratones, señorita —dijo una señora detrás de nosotras.

El asiento que me tenía atrapada apenas hacía unos momentos estaba ahora apoyado en el suelo. Ayudé a Fleurette a que se sentara en él y eché otro vistazo a sus piernas. Las medias estaban rotas y las piernas llenas de arañazos y moratones, pero no tenía nada roto como yo me había temido. Le ofrecí mi pañuelo para que se tapara un corte largo y poco profundo que tenía en el tobillo, pero había perdido todo interés en sus heridas.

—Fíjate en Norma —susurró con una sonrisita malévola. Mi hermana estaba plantada en medio de la carretera, delante del automóvil, para que los ocupantes no se dieran a la fuga. Realmente componía una figura muy cómica, pequeña pero robusta, con la falda de montar de algodón marrón. La cara de Norma era ancha y su nariz chata, rasgos esclavos de nuestro padre, y había heredado el carácter agrio de nuestra madre. Siempre tenía la boca fruncida y miraba a todo el mundo con desconfianza. Miraba al conductor del coche con el aire decidido e implacable que adoptaba cuando ocurría algún desastre.

El automovilista era un joven de baja estatura pero cuerpo fornido que parecía sobrealimentado, indicio de llevar una vida privilegiada. Podría haber resultado atractivo, de no ser por el aire indolente y mimado en la mirada y el rictus de dureza en la boca que venía a decir que estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. Tenía la cara hinchada y roja por efecto del calor, pero también, me pareció, por la costumbre de pimplarse un cuarto de litro de cerveza para desayunar, y una botella de vino por la noche. Iba de punta en blanco, con pantalones de lino a rayas, chaleco de seda con botones metálicos relucientes, y una corbata tan roja como la sangre que empapaba las medias de Fleurette.

Sus acompañantes salieron dando tumbos del coche y lo rodearon como si fueran su guardia pretoriana. Llevaban unos trajes de paño típicos de los trabajadores y se comportaban como ratas no acostumbradas a que las sorprendan a plena luz del día. Ninguno iba afeitado ni peinado, y algunos metían las manos en los bolsillos, como si buscaran la navaja. No podía ni imaginarme adónde iría tan aprisa aquella banda de rufianes, pero ya empezaba a lamentar que hubiéramos sido precisamente nosotras las que se cruzaran en su camino.

El conductor movía los brazos y gritaba para que la multitud dejara libre el paso. Los demás lo imitaron y empezaron a gritarles a los curiosos y a empujarlos como si fueran borrachos en una pelea de bar; todos menos uno de ellos, que se separó del resto y trató de salir corriendo. Pero tropezó, y varios en la multitud lo sujetaron fácilmente. Unas veinte personas les cortaban el paso y cercaban el coche, entonces el motor se apagó con un estertor, pero ellos siguieron dando voces y empujones.

Miré a Norma: tenía la vista fija en los ocupantes del coche y, al darse cuenta de que aquella gente era conflictiva, la expresión de agravio se le fue borrando de la cara.

Los tenderos, oficinistas y conductores de otros automóviles que se habían ido deteniendo en las cunetas les gritaban y los señalaban con el dedo.

—¡Les vais a pagar a estas señoritas los desperfectos! —gritó uno.

—¡El caballo se espantó! —respondió a gritos el conductor—. ¡Se nos echaron encima!

Hubo un coro de indignación. Todo el mundo sabía que en ese tipo de colisiones el que menos culpa tenía era siempre el caballo. Un caballo veía bien por dónde iba, pero un automóvil con un conductor distraído no. Estaba claro que aquellos tíos tenían la cabeza en otras cosas y no en el tráfico cuando entraron en la ciudad a toda pastilla.

No podía dejar que Norma se enfrentara a ellos sola. Le di una palmada a Fleurette para que no se levantara del asiento de la calesa y corrí para estar con Norma. Todos los ojos viraron hacia mí. Al ser la más alta y la mayor, debí de parecer la responsable de las otras dos.

No parecía momento de presentaciones, pero no se me ocurrió otra forma de comenzar.

—Me llamo Constance Kopp —dije—, y ellas son mis hermanas.

Les hablé a aquellos hombres con toda la dignidad que pude, teniendo en cuenta que hacía apenas unos instantes estaba en una postura muy poco digna, atrapada dentro de una calesa que había volcado. El conductor del automóvil miró con toda la intención para otro lado, como si no quisiera oír lo que yo le iba a decir, de hecho se comportaba como si yo no estuviera allí y hacía ostentación de su desprecio. Respiré hondo y elevé la voz:

—En cuanto nos pongamos de acuerdo con los daños, podrá seguir su camino.

El que había querido salir corriendo —un hombre alto y delgado de ojos caídos que tenía saliente uno de los dientes de arriba— se acercó y les susurró algo al resto. Parecía que estaban urdiendo una especie de plan. Iba cojeando de un lado para otro analizando la situación, y advertí que la cojera se debía a una pata de palo.

El conductor del automóvil asintió ante lo que le decían sus amigos y alargó la mano hacia la puerta del coche. ¡Pensaba abrirse camino a través de la gente y salir de allí sin dar ni una sola explicación! Norma empezó a decir algo pero la contuve.

El conductor abrió la puerta. Al ver que no tenía otra opción, salí corriendo y la cerré de un portazo.

Esto arrancó un grito ahogado de satisfacción entre los curiosos, quienes a todas luces estaban pasándoselo bien. No vi otra alternativa que aprovechar mi ventaja. Di un paso al frente y me estiré todo lo alta que era, con lo que quedé más de media cabeza por encima de él. Iba a decir algo, pero la boca le quedaba a la altura de mi clavícula, así que lo pensó mejor y alzó la barbilla para mirarme a la cara. Tenía la boca ligeramente abierta, y observé que varias gotas de sudor de una redondez perfecta le brotaron en hileras simétricas sobre el labio superior.

—Me parece que nos va a hacer falta una calesa nueva, porque ha dejado usted esta para el arrastre —dije.

En ese instante se me soltó un alfiler del sombrero y cayó al suelo; cuando chocó contra la grava sonó como el tañido de una campanilla. Tuve que hacer un esfuerzo para no mirar hacia abajo y rogué por que no hubiera más alfileres ni broches a punto de soltarse, algo muy común en momentos de nerviosismo como los que yo estaba viviendo.

—Apártese de mi coche, señora —contestó apretando los dientes.

Lo fulminé con la mirada. Ninguno de los dos nos movimos del sitio.

—Si se niega a pagar, entonces tendré que tomarle la matrícula —dije sin pestañear.

Alzó una ceja a modo de desafío. Ante eso, di la vuelta al coche para apuntar el número de matrícula en una libreta que tenía en el bolso.

—Deja eso —dijo Norma justo detrás de mí—. No me gusta cómo nos están mirando.

—A mí tampoco, pero tenemos que tomarle los datos —dije en voz baja arrastrando las sílabas.

—Me trae sin cuidado su nombre.

—Pero a mí no.

La gente empezaba a estirar el cuello con la intención de oír lo que decíamos. Volví a encarar al hombre y le dije:

—A lo mejor me puede ahorrar la molestia de tener que preguntarle a las autoridades del estado de Nueva Jersey cómo se llama y dónde vive.

Miró a la multitud que lo rodeaba y, al no ver otra alternativa, se inclinó hacia mí. Olía a loción capilar y —tal y como yo había sospechado— a alcohol y también al tufo fuerte y metálico que rezumaban todas las fábricas de la ciudad. Me dio los detalles sobre su persona dejando salir el aire desde lo más hondo del estómago, obli-

gándome a dar un paso atrás mientras los apuntaba: Henry Kaufman, de la compañía Kaufman, especializada en el teñido de sedas.

—Con eso basta, señor Kaufman —dije en voz alta para que lo oyeran los otros—. Le llegará nuestra factura en unos días.

No respondió y se sentó de golpe en el asiento del conductor. Uno de sus amigos le dio con fuerza al manubrio, y el motor volvió a rugir lleno de vida. Subieron todos a bordo y el coche avanzó a bandazos, abriéndose paso entre la congregación. Los hombres apartaban sus monturas y las madres subían a las aceras tirando de sus hijos mientras el automóvil se escoraba con decisión, buscando la salida.

Norma y yo vimos el polvo que levantaban los neumáticos de Henry Kaufman y luego cómo ese mismo polvo volvía a asentarse.

—¿Los has dejado marchar? —inquirió Fleurette encaramada al asiento destrozado de la calesa. Había adoptado la actitud de un espectador de una obra de teatro muy poco convencido de nuestra actuación.

—No soportaba ni un minuto más entre esa gente —dijo Norma—. Son lo peor que he visto. Y mira lo que te han hecho en la pierna.

—¿Está rota? —preguntó Fleurette, que sabía que no, pero le encantaba sonsacarle a Norma alguna de sus sombrías predicciones.

—Pues seguramente, pero podemos colocar el hueso nosotras mismas si no hay más remedio.

—Imagino que aquí se acaba mi carrera de bailarina.

—Sí, imaginas bien.

Los carreteros nos trajeron a Dolley, temblorosa pero ilesa. Lo que quedaba de la calesa lo habían llevado a la acera, y allí estaba diseminado en una docena de trozos.

—No creo que lo puedan reparar —dijo uno de los carreteros—, pero si quieren mando a mi mozo de cuadra a que pregunte en algún taller.

—No hará falta —dijo Norma—. Nuestro hermano vendrá a por ello. Trabaja con una camioneta.

—¡Pero mejor que no se entere Francis! —protestó Fleurette—. Dirá que fue culpa mía por conducir mal.

Me acerqué a los hombres porque no quería que el carretero retirara su ofrecimiento a causa de nuestra discusión.

—Señor, ¿podría mandar al mozo de cuadra al trabajo de mi hermano? Nos haría usted un gran favor. —Escribí la dirección del importador de cestas para el que trabajaba Francis.

—Yo me encargo —dijo él—. Pero ¿cómo van a volver ustedes a casa?

—Constance y yo podemos ir andando —añadió rápidamente Norma—, y nuestra hermana irá en la yegua.

Yo no sabía si podría andar. Después del choque, tenía agujetas y dolores por todo el cuerpo y sería ya de noche cuando llegásemos a casa. Pero no tenía ganas de discutir con Norma, así que acepté la silla de montar que nos ofreció el hombre. Se la pusimos a Dolley, montamos en ella a Fleurette y le vendamos el pie dañado con un saco de harina antes de meterlo en el estribo. Norma cogió las riendas de Dolley y volvimos como pudimos por Market Street, con más pinta de refugiados de guerra que de tres hermanas que han salido una tarde de compras.